

que los antiguos llamaban Montes de Oeta (hoy Cumaitra y Catavotra), entre ellos el de las Termópilas, y tan grande era la escasez de tropa que para esta misión solo le pudo dar el emperador doscientos sesenta infantes ligeros, ciento sesenta jinetes y mil reclutas, que tuvo que instruir todavía.

Cuando todo estuvo preparado y formado el vasto círculo alrededor de los godos, que continuaban regalándose y devastando la Tracia y la Macedonia, empezó la gigantesca batalla en el año 251. Pero aunque magistralmente ideada y preparada, acabó desastrosamente para Decio y los romanos. Al principio los godos, terriblemente acosados, ofrecieron abandonar todo el botín si se les dejaba repasar libremente el Danubio. Decio no pudo ni quiso acceder á esta condición, y continuando la lucha, en la segunda mitad del mes de noviembre del año 251 se dió cerca de Abrito ó Foro Trebonio, en la Dobrutcha, la terrible y fatal batalla decisiva. Al principio vencían los romanos, pero avanzando con ardor ciego se internaron en un pantano en que se apoyaban las últimas masas godas que todavía resistían, y allí sucumbieron, hundiéndose en el terreno que cedía bajo sus piés, mientras las flechas godas mataban á los demás. El mismo emperador se contó entre estos últimos. Fué esta catástrofe la repetición de la del ejército de Varo en las selvas germánicas.

## CAPITULO II

### LA DESCOMPOSICION DEL IMPERIO

La derrota desastrosa en la Dobrutcha causó en todo el imperio un abatimiento profundo y el temor general de ver desaparecer para siempre la antigua grandeza romana. Los godos repasaron el Danubio con el fruto de sus rapiñas sin que el gobernador Galo les opusiera obstáculo, y por lo pronto no se vieron molestadas las fronteras del imperio. El sucesor del infortunado Decio fué el mismo Galo, natural de Perusa, en Italia, elección que fué causa de que mas adelante la opinión pública le acusara de haber tenido relaciones secretas con los godos y haber inducido traidoramente á Decio á penetrar en aquel terreno falaz donde encontró la muerte. Por lo pronto Galo nombró césares á su hijo Volusiano y al segundo hijo de Decio, Valente Hostiliano, y en seguida hizo la paz con los godos, dejándoles todo el botín que habían hecho y concediéndoles un tributo anual, condiciones vergonzosísimas para Roma. Arreglado esto, regresó á la capital del imperio en el año 252.

Una nueva calamidad, mucho mas funesta que todos los desastres de la guerra, no dejó tiempo á los romanos de meditar sobre aquella paz deshonrosa. Este enemigo nuevo fué la peste, que durante un período de veinte años volvió á devastar el imperio; y para hacer la situación mas horrorosa se agregaron á ella las tristes consecuencias de la crisis monetaria y los ataques de enemigos exteriores. El año 251 el terrible azote empezó á invadir, desde el Alto Nilo, el mundo occidental. Los síntomas principales de la epidemia, llamada peste cipriana, contagiosa en extremo, eran calentura violenta, pústulas, diarrea, vómitos, inflamación de la faringe y de los ojos, sed devoradora, destrucción gangrenosa de los piés, paralización de las extremidades inferiores, sordera y ceguera. De la descripción de los antiguos no ha podido sacar datos suficientes la ciencia médica moderna para hacer la clasificación de esta peste y determinar si era bubónica, tifoidea ó variolosa. Lo cierto es que asoló horriblemente todo el Egipto, y especialmente á Alejandria, desde donde, siguiendo el camino que en otras ocasiones había llevado el contagio desde el tiempo de Tucídides, se extendió primero por el Asia Oriental y la península balcánica, y

desde allí, seguramente por mar, pasó á la Italia, cebándose principalmente en Roma de una manera espantosa, desde fines del verano del año 252, en todas las clases de la población.

De esta peste murió también, entre otros, el hijo de Decio, el joven César Hostiliano. En la península balcánica la mortandad fué grandísima, y mas sensible si cabía que en otras provincias, por haber sido aquellos países recientemente devastados y haber quedado en parte despoblados por los godos. No se ha podido determinar si fué esta misma epidemia que asoló el mundo ó otra de análoga naturaleza la que causó la muerte del gran emperador Claudio, en el año 270; pero tanto si fué la misma con períodos de recrudescencia como si hubo varias pestes, el efecto destructor fué funestísimo para el porvenir del imperio, porque la enfermedad causó innumerables víctimas, especialmente en la fuerza armada que peleaba en las provincias orientales, en las ciudades disminuyendo el número de sus defensores y en los distritos rurales paralizando los trabajos agrícolas. Al mismo tiempo la crisis monetaria creciente, uniéndose á la calamidad de la peste, produjo carestía, inmensa miseria y frecuentes hambres generales, quitando al país toda la fuerza y energía para resistir á los ataques de los enemigos exteriores, siendo de poco ó ningún auxilio el que la peste sembrara también diferentes veces entre ellos el terror. Todo esto influyó poderosamente en las generaciones posteriores, disminuyendo sus fuerzas físicas y preparando, en unión con las demás calamidades de miseria y guerras interiores y exteriores, aquella situación de debilidad general que hizo indispensable la admisión de innumerables masas de elementos extranjeros en el imperio para repoblar las provincias desiertas. De aquí el inevitable cruzamiento de razas y la consiguiente desaparición de la población antigua.

Este procedimiento fué secundado poderosamente por diferentes emperadores. La paz vergonzosa que Galo hizo con los godos disgustó y exasperó al ejército del Danubio, tanto mas cuanto que ni siquiera sirvió para devolver la tranquilidad al imperio. No solo no observaron el convenio los pueblos fronterizos, que nada tenían que ver con los godos, sino que tampoco lo cumplieron los que estaban aliados con ellos, y continuaron sus depredaciones como antes.

En tal situación encargóse del mando de las fuerzas de la Panonia y Mesia, M. Emilio Emiliano, general valiente y enérgico, originario de Mauritania, que supo levantar el espíritu de la tropa y despertar su confianza, prometiendo á los soldados el tributo pagado á los godos si contribuían á vencerlos. Valiéndose de la sorpresa consiguió, en efecto, destruir una hueste enemiga que había penetrado en la provincia, y aprovechando el entusiasmo de sus soldados por esta victoria, pasó el Danubio y causó en diferentes acciones á los godos grandes pérdidas, en la primera mitad del año 253. Desgraciadamente no se contentaron con estas ventajas ni él ni sus soldados; quiso ser emperador, y sus tropas le proclamaron por tal efectivamente á mediados del año 253. De aquí se originó una nueva guerra civil, corta pero perniciosísima para el imperio, porque desgarnecidas las fronteras permitió á los germanos penetrar en innumerables masas por tres puntos distintos en las provincias romanas, y facilitó á los persas, que desde la muerte de Decio habían renovado sus ataques, los medios de continuar la guerra contra Roma en grande escala.

Emiliano, una vez proclamado, pasó con su ejército á Italia, donde otra vez hubo de decidirse la competencia entre dos pretendientes. El emperador Galo, decidido á probar la suerte de las armas antes de renunciar á la diadema imperial, ordenó á Valeriano, general en jefe de las fuerzas de

la Nórica y la Retia, que enviara á Italia las del Rhin. Valeriano no debió de darse mucha prisa á cumplimentar esta orden, porque cuando la suerte de Galo se decidió continuaba todavía en sus provincias alpinas. Emiliano, en su marcha sobre la capital, había llegado hasta Terni, en la Umbría meridional, cuando á diez leguas de la capital le disputaron el paso Galo y su hijo Volusiano, á la cabeza de sus fuerzas, en el mes de febrero del año 254. No hubo batalla campal, porque la fama de Emiliano y el mayor número de sus fuerzas indujeron á los soldados de Galo á matar á este y á su hijo; de suerte que Emiliano pudo entrar sin desvennar la espada en la capital y hacerse confirmar emperador por el Senado, al cual mostró el mayor acatamiento.

Inauguró su mando supremo con disposiciones muy cuerdas, pero no pudo desarrollar su política porque su reinado solo duró tres meses. Apenas instalado en Roma le llegó la noticia de que el general Valeriano, hombre acreditadísimo como particular y como militar, había cedido en el año anterior, antes de la muerte de Galo, á las instancias de sus oficiales y se había hecho proclamar emperador. Una nueva guerra civil habría sido entonces inevitable á no interponerse un elemento nuevo, el de los generales, que desde entonces hasta la proclamación de Diocleciano arrojaron su voluntad en la balanza para acabar con las continuas guerras de sucesión y no permitir que la soldadesca y los centuriones, siempre dispuestos á sublevarse, dispusieran á cada instante de la suerte del imperio. A pesar de tantos emperadores como desde la muerte de Septimio Severo habían llegado al poder supremo sin ser á la vez gobernantes entendidos ni grandes capitanes, se había formado, gracias á la dura necesidad, un excelente y numeroso estado mayor de jefes superiores, y estos evitaron por entonces la guerra civil. En su concepto Valeriano tenía mas condiciones para dirigir la nave del Estado que Emiliano; y habiéndose puesto de acuerdo los jefes de uno y otro partido, fué acuchillado Emiliano por sus soldados en mayo del año 254, tres meses despues de su entrada en Roma, junto á un puente cercano á Spoleto, cuando marchaba hácia el Norte contra su competidor. Valeriano, que iba aproximándose con sus fuerzas á marchas dobles, pudo continuar entonces con mas lentitud y sin obstáculo su camino hasta Roma, donde fué reconocido por el Senado, en el cual estaba tan considerado como querido en el ejército.

Emiliano y Galo murieron antes de haber llegado á la edad de 50 años.

En junio del año 254 confirmó el Senado el nombramiento de César hecho en el año anterior por Valeriano á favor de su hijo Publio Licinio Galiano.

Cayo Publio Licinio Valeriano, hijo de Valerio, descendiente de una familia romana distinguida, había nacido hácia el año 190. La alegría con que fué recibido en la capital tuvo eco en todas las provincias, porque en todas partes se creía que al fin se había encontrado un emperador capaz de dominar la situación terrible del imperio. Esta esperanza era muy fundada, pues Valeriano era persona nobilísima por su carácter, libre del contagio de la corrupción de sus contemporáneos, y sin ser idealista como Decio, tenía conciencia de la dignidad y de los deberes morales que imponía la antigua grandeza romana á la persona en cuyas manos el destino había depositado la dirección y la suerte del imperio. En materia de administración civil como en el ramo militar era persona acreditadísima, y protector y amigo instruido de las artes y ciencias. Carácter práctico, llano, grave y recto, su reinado ciertamente habría sido un beneficio para el imperio en circunstancias mas favorables; mas por su desgracia y la del imperio, eran tan enormes las dificultades con que

tuvo que luchar, que el brio y la confianza con que se hizo cargo de su nueva dignidad se trocaron en desaliento y cansancio desesperado. Lo que la solicitud y actividad incansables de Valeriano ejecutaron por el bien público, no fué reconocido sino despues de su muerte y la de su hijo. Su mayor mérito consistió, como se vió despues, en el acierto admirable con que supo encontrar las personas idóneas para los altos puestos civiles y militares. Sabia proteger y amparar el verdadero mérito de todas las maneras posibles, aunque le viese en personas humildes y pobres. El fué quien reunió aquel admirable estado mayor en cuyas filas figuraban casi todos los varones ilustres que mas adelante se distinguieron hasta el tiempo de Diocleciano como salvadores del imperio. Era Valeriano uno de aquellos discretos gobernantes que sabían apreciar sin necia envidia los méritos de otras personas y aceptar con varonil franqueza los consejos prudentes de amigos capaces y sinceramente adictos. Su hijo Galiano, que contaba treinta y cinco años cuando fué nombrado César, tenía dotes nada comunes, pero también debilidades y defectos que daban que pensar. Carecía, entre otras virtudes, del talento de inspirar entusiasmo y fidelidad á los grandes generales, cosa esencial en aquella época en que los asuntos militares habían adquirido una importancia verdaderamente inmensa desde el primer día de la proclamación de su padre Valeriano.

El primer grito pidiendo auxilio á Roma, llegó de la península balcánica y de las fronteras del Danubio, del lado de la Panonia y de la Nórica. Mientras Emiliano se dirigía en el año anterior, 253, con las legiones ilíricas á Italia contra su competidor, innumerables masas de bárbaros, en primera línea los godos, habían invadido, por la parte del Este, la Tracia y la Macedonia, extendiendo sus correrías hasta las fronteras de la Grecia y de Italia; y al mismo tiempo los marcomanos pugnaban por invadir la Panonia y la Nórica. La situación era desesperada, pero en medio de todo no faltaron jefes romanos que resistieron como valientes, ni ciudades cuyos habitantes, latinos y griegos, supieron abandonar sus comodidades é indolencia y en unión de la tropa defender valerosamente sus hogares. La capital, Bizancio, entonces ciudad todavía de medianas proporciones, con sus fortificaciones solo parcialmente reconstruidas, no podía hacer mucho para la defensa del país; pero en cambio la segunda capital, Tesalónica, ciudad heróica, reforzada con una nueva colonia romana por el emperador Decio, fué el principal baluarte de la península, siendo defendida por el esforzado gobernador general Valente. Contra sus muros se estrellaron las tribus germánicas, sármatas y getas. En la Grecia propiamente dicha, ó sea en la provincia de Acaya, formó el pueblo milicias que ocuparon las Termópilas y otros desfiladeros; los atenienses restauraron y pusieron en estado de defensa las murallas de su ciudad; todos los pueblos de la Morea volvieron á su antigua práctica y reconstruyeron una muralla al través del istmo; y mientras se ejecutaban estas obras, Tesalónica sostuvo las embestidas de los bárbaros hasta que, efectuada la entronización de Valeriano, las legiones ilíricas regresaron á las fronteras del Danubio, donde lucharon durante años para arrojar al otro lado á los enemigos.

La importancia trascendental de las operaciones en aquella parte del imperio absorbió toda la atención y todas las fuerzas del emperador, el cual dejó á su hijo el cuidado del Occidente. Para asegurar la tranquilidad de la península balcánica separó el mando del ejército de la administración civil y nombró un capitán general de todas las fuerzas de las provincias ilíricas, del cual debían depender en adelante las tropas y jefes de la Panonia, la Dalmacia, la Dacia, la